

RECUERDO Y OLVIDO DE LAS VIOLENCIAS DE LAS GUERRAS CIVILES EN EUROPA. TRES CASOS: FINLANDIA, ESPAÑA Y GRECIA

Josep Gelonch Solé*

Recibido: 27 Mayo 2013 / Revisado: 12 Junio 2013 / Aceptado: 2 Julio 2013

En agosto de 1989, a los cuarenta años de la decisiva batalla de la guerra civil griega en el monte Grammos, fueron incinerados en las prefecturas policiales unos 17 millones y medio de expedientes de sospechosos izquierdistas. Los expedientes habían sido redactados entre los años 30 y los años 80 y documentaban cincuenta años de la represión ejercida por el estado, incluyendo identidad y actividades tanto de los sospechosos como de los perseguidores. La decisión era presentada por el gobierno de coalición (de la derecha ND y los comunistas KKE) como un paso simbólico necesario para sellar la reconciliación. Para el gobierno era un acto que zanjaba simbólicamente las prácticas del espionaje político, a la vez que garantizaba a sospechosos e informadores de las fichas que ya no estaban expuestos a ningún tipo de acoso. La medida levantó una fuerte polémica y oposición en sectores intelectuales, antiguos miembros de la resistencia y los socialistas del PASOK. El líder de la derecha y futuro primer ministro griego, Konstantinos Mitsotakis, lo argumentó en el Parlamento: “hay aspectos de nuestra historia nacional que preferimos no conocer”.¹

Medidas más o menos similares las podríamos encontrar en otros países con pasados conflictivos violentos. Son ejemplo de la potente tentación y voluntad de borrar y eliminar una parte del pasado, un pasado conflictivo que todavía produce división. Las sociedades postconflicto tienen que afrontar esos legados violentos y asignarles un lugar en el relato histórico nacional y en la memoria colectiva. Lo cierto es que ha habido muchas formas de abordar la cuestión y cada país lo ha hecho a su manera. Verdad, justicia, perdón, reparación, recuerdo, olvido, son algunos de los conceptos relacionados con la gestión de los pasados traumáticos que los estados democráticos han implementado en contextos de reconciliación de las partes enfrentadas.²

A partir del análisis histórico de las representaciones, las narrativas y el recuerdo público de las guerras civiles en Finlandia, España y Grecia, en este artículo nos cuestionamos cómo, cuándo y con qué políticas de memoria estos países han gestionado sus pasados violentos y divisivos más recientes. Un recorrido paralelo por las principales fases de la memoria de los conflictos nos ofrece claves de respuesta a algunos de los aspectos implícitos en aquellas cuestiones: ¿Cómo se plasman las memorias en

* Cañada Blanch Centre - London School of Economics. E-mail: jgelonch@historia.udl.cat.

** Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación “Ni vencedores ni vencidos. Una historia comparada de la memoria de las guerras civiles europeas del siglo XX” que el autor está llevando a cabo en el Cañada Blanch Centre de la London School of Economics, gracias a una beca posdoctoral del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España (2011-2013).

¹ Close, David H., “The Road to Reconciliation? The Greek Civil War and the Politics of Memory in the 1980s”, Carabott, Philip y Sfikas, Thanasis D. (eds.), *The Greek Civil War*. Aldershot, Ashgate, 2004, 257-278, 273-274.

² Entre la amplia bibliografía sobre la ‘justicia transicional’, con análisis de casos concretos, cfr. Barahona, A.; Aguilar, P. y González, C., *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid, Istmo, 2002; Elster, Jon, *Rendición de cuentas. La justicia transicional en perspectiva histórica*. Buenos Aires, Katz, 2006.

el espacio público? ¿Cuál es el papel del Estado en la regulación de las memorias enfrentadas? ¿Qué papel tiene la memoria sobre el pasado en los procesos de reconciliación?

1. VENCEDORES Y VENCIDOS EN LAS SOCIEDADES DE POSGUERRA: MEMORIAS ÚNICAS, MEMORIAS DIVIDIDAS

Una de las características que comparten las tres guerras civiles que nos ocupan es que participan del rasgo propio de las guerras del siglo XX, su carácter total. Son guerras en las que no solo se trata de derrotar al oponente interno –que es considerado enemigo, desnaturalizado y indigno de formar parte de la comunidad nacional– sino que hay una sistemática voluntad de eliminarlo. Ello explicaría su elevado carácter represivo en un contexto en que se difuminaban las diferencias entre militares y civiles y la sociedad se polarizó entre el “nosotros” y el “otros”, con muy pocos términos medios. Buena parte de la violencia ejercida tuvo naturaleza de limpieza de las retaguardias, llevada a cabo mayoritariamente a nivel local y que afectó a población civil. Las fracturas sociales y políticas entre vencedores y vencidos y el recuerdo traumático de la violencia pervivieron largamente en las sociedades de postguerra. Por la propia naturaleza de las guerras civiles resulta difícil construir y mantener una memoria común, campo el de la memoria que se convierte en terreno abonado para la perpetuación de las divisiones del conflicto. Muchos años después, las guerras civiles siguen siendo temas delicados y puntos de referencia centrales en la historia y la identidad de los tres países.³

En Finlandia la guerra civil fue corta, desde finales de enero hasta mediados de mayo de 1918. El conflicto empezó con el asalto revolucionario al poder por parte de las Guardias Rojas y dividió el país recién independizado en dos bandos claramente definidos: los rojos alineaban a los jornaleros agrícolas y los obreros urbanos, mientras los blancos

representaban a las clases medias y altas y a los propietarios rurales.⁴ Con la ayuda militar de los alemanes, las tropas blancas comandadas por el general Mannerheim se impusieron. A las 9.000 muertes en combate, el terror en la retaguardia acabó con la vida de más de 11.000 personas, unas 1.650 víctimas del terror rojo y unas 8.600 del terror blanco. La represión contra los vencidos continuó, con un marcado carácter de limpieza política. Durante los meses posteriores al final de la guerra, unos 80.000 rojos fueron encarcelados en los campos de detención habilitados: de ellos, 14.000 murieron a causa de las ejecuciones sumarias, el hambre y las enfermedades. De los 67.000 juzgados por instigación y colaboración con la traición, la mayoría fueron condenados a penas de entre dos y cuatro años de prisión.⁵

La democracia se consolidó una vez terminada la guerra civil. En julio de 1919 fue aprobada en el parlamento una constitución democrática, garante de los derechos y libertades de los finlandeses. Desde el primer momento, el Partido Socialdemócrata participó en el parlamento y conservó el apoyo masivo que había tenido antes de la guerra. Incluso en 1926 formó gobierno en minoría. No así el Partido Comunista, fundado en 1918 por finlandeses exiliados en Rusia, que fue prohibido. Algunas de las políticas sociales de los gobiernos centristas de los primeros años 20, con el apoyo socialdemócrata, tuvieron como objetivo la cicatrización de las heridas de 1918. Sin embargo, una medida como la concesión de amnistía era reflejo del trato discriminatorio sobre los vencidos. Mientras que los últimos prisioneros políticos no salieron de prisión hasta 1927 gracias a las medidas de amnistía decretadas desde 1918, todos los excesos cometidos con el fin de restaurar la ley y orden quedaron impunes gracias a una amnistía general concedida en diciembre de 1918. Ello situaba a vencedores y vencidos en una posición desigual ante la ley, lo que también se reflejaba en el rechazo continuado por parte del Estado finlandés a conceder

³ Antoniou, Giorgos, “Introduzione”, *Memoria e Ricerca*, 21, (2006), 5-20; Denes, Iván Z., “Overcoming European Civil War: Patterns of Consolidation in Divided Societies, 2010-1800”, *European Review*, 20 (2012), 455-474.

⁴ Para las causas y el desarrollo de la guerra civil finlandesa siguen siendo útiles los estudios de Anthony Upton, *The Finnish Revolution, 1917-1918*. Minnesota, University of Minnesota, 1980 y Risto Alapuro, *State and Revolution in Finland*. Berkeley, University of California Press, 1988.

⁵ Haapala, Pertti y Tikka, Marko, “Revolution, Civil War, and Terror in Finland in 1918”, Gerwarth, Robert y Horne, John (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War*. Oxford, Oxford University Press, 2012, 72-84; Kekkonen, Jukka, “The politics of memory: dealing with the difficult past. The case of Finland” (paper cedido por el autor, a quien agradecemos).

compensaciones o reparaciones a las víctimas rojas o a sus familias, derecho al que si se podían acoger las víctimas y familias de los vencedores.⁶

La guerra era presentada como una Guerra de Independencia o de Liberación de la tutela rusa, y los rojos eran considerados unos traidores al servicio del enemigo, culpables de todos los excesos y violencias producidos durante la guerra. Esta fue la interpretación de los vencedores que se erigió en la verdad oficial acerca de la guerra, la narrativa que se explicaba en las escuelas y de la cual el Ejército, la Iglesia luterana y el sistema legal eran los principales depositarios. En el ámbito académico, esta interpretación fue aceptada sin muchas críticas ni dudas.⁷ En el ámbito público se conmemoraba la victoria blanca (hasta el 1942) y se apelaba a la memoria de la guerra para alimentar el miedo rojo. En todo el país la experiencia de la guerra se traducían en múltiples conmemoraciones públicas, en que los antiguos miembros de la Guardia Blanca y las asociaciones de veteranos de guerra ejercían de activos agentes de memoria. Por contra, la experiencia traumática de los rojos, de los vencidos, fue relegada al ámbito familiar, donde se conservó en silencio. La memoria del terror, de las ejecuciones arbitrarias y de las represalias de los vencedores se convertiría con los años en elemento central de la narrativa de la clase obrera (opuesta a aquella narrativa oficial), en parte fundamental de su representación colectiva.⁸

Esta atribución de culpas se tradujo igualmente en un trato a las víctimas de uno y otro bando diametralmente opuesto. Mientras el gobierno se esforzaba en localizar, exhumar, identificar y reen-

terror a las víctimas blancas, consideradas “luchadores por la libertad de Finlandia”, y les dedicaba público recuerdo, las víctimas rojas permanecieron en fosas comunes sin nombres ni señalización. A las familias de los vencidos no les era permitido expresar públicamente el duelo por sus muertos. Según los datos de la historiadora Ulla-Maija Peltonen, en 1928, más de 300 localidades finlandesas habían erigido monumentos y memoriales a las víctimas blancas en cementerios, plazas y otros espacios públicos, mientras sólo existían once monumentos en honor a las víctimas rojas. Aunque había centenares de monumentos no oficiales en los sitios de ejecución (bosques, colinas, campos, etc.), convertidos en verdaderos lugares de memoria donde grupos de obreros, a pesar de las prohibiciones, llevaban flores y celebraban actos resistenciales.⁹ El hecho de señalar dónde las víctimas habían muerto o sido enterradas era importante porque fijaba el inicio del proceso del duelo por parte de la familia, en el cual las mujeres tenían un rol muy importante. La Iglesia luterana se negó en muchos casos a officiar servicios de entierro en suelo sagrado y las familias de los vencidos tuvieron que luchar continuamente por el derecho al duelo. En este sentido, han sido documentados numerosos conflictos en torno a los memoriales de los rojos durante los años 20 y 30.¹⁰ Todo ello supuso que la prohibición del duelo público y la señalización de las tumbas permaneciera incrustada en la memoria colectiva de los obreros y sectores populares durante décadas.¹¹

El ambiente de discriminación persistió en los años 30, sobre todo en las comunidades locales, lo que explicaría la vitalidad de las diferentes narrati-

⁶ Kekkonen, Jukka, “The politics of memory...”, op. cit.

⁷ Alapuro, Risto, “Coping with the Civil War of 1918 in Twenty-First Century Finland”, Christie, K. y Cribb, R. (eds.), *Historical Injustice and Democratic Transitions in Eastern Asia and Northern Europe. Ghosts at the Table of Democracy*. Londres, Routledge Curzon, 2002, 169-183.

⁸ Peltonen, Ulla-Maija, “Workers’ Narrative Tradition in Finland After 1918”, Hammersam, F. (ed.), *To Work, to Life or to Death*. *Studies in Working class lore*. Copenhagen, Society for Research in the History of the Labour Movement in Denmark, 1996, 164-195; Ahonen, Sirkka, “Representations of Victims and Guilty in Public History. The Case of the Finnish Civil War in 1918”, Berg, H.; Lenz, C. y Thorstensen, E. (eds.), *Historicizing the Uses of the Past*. New Brunswick/Londres, Transcript, 2011, 27-43.

⁹ Peltonen, Ulla-Maija, “Civil War Victims and the Ways of Mourning in Finland in 1918”, Christie, K. y Cribb, R. (eds.), *Historical Injustice and Democratic Transition in Eastern Asia and Northern Europe...*, op. cit., 2002, 184-197.

¹⁰ Resulta ilustrativo el caso del cementerio de Viipuri (Vyborg, en Carelia, ciudad rusa desde 1939), donde a los obreros les fue vetado erigir en 1921 un monumento en recuerdo de los compañeros caídos, enterrados en la fosa conocida como “la fosa de los perros”. El monumento no fue inaugurado hasta 1961. Fingerroos, Outi, “Places of memory in the Red Vyborg of 1918”, *Journal of Ethnology and Folkloristics*, 2/1 2008, 11-24.

¹¹ Heimo, Anne y Peltonen Ulla-Maija, “Memories and histories, public and private, after the Finnish Civil War”, en Hodgkin, K. y Radstone, S. (eds.), *Contested Pasts. The politics of memory*. London/New York, Routledge, 2003, 42-56.

vas sobre la guerra, que perduraron hasta bien entrados los años 60. Los vencidos nunca tuvieron la oportunidad de superar su estatus y estigma de traidores y víctimas, ni tuvieron la oportunidad de reclamar su dignidad como ciudadanos en situación de igualdad (pensiones o reparaciones). Los vencedores insistían en la necesidad de olvidar los aspectos más dolorosos de la guerra para evitar prolongar los antagonismos, mientras los vencidos luchaban para recordar las víctimas y no olvidar los sufrimientos. Silencio y olvido públicos de la experiencia roja, mientras la narrativa blanca seguía dominando la historia oficial.¹²

De una forma similar ocurrió en Grecia, donde al terminar la guerra civil (1946-1949) se estableció un sistema político formalmente democrático. La guerra civil había sido la explosión a gran escala de los múltiples conflictos sociales y políticos que habían fracturado el país durante los años de la Segunda Guerra Mundial y permanecido irresueltos después de la liberación. La sociedad griega no sólo se había dividido entre colaboradores y resistentes, sino que éstos a su vez estaban fragmentados en grupos de signo político distinto. Los conflictos entre el frente de liberación nacional EAM/ELAS, liderado por los comunistas, y los republicanos del EDES, apoyados por los británicos, para hacerse con el liderazgo y dirigir el futuro del país habían empezado en invierno de 1943-44 y seguido en diciembre de 1944 (*Dekemvriana*), liberado ya el país de las fuerzas ocupantes. La feroz represión desatada por el gobierno anticomunista en 1945, en un contexto de escalada de tensión entre las políticas vencedoras de la guerra mundial para extender su influencia en el Mediterráneo oriental, extremó la polarización de la sociedad griega. Las elecciones de marzo de 1946 y el refe-

réndum de septiembre sobre el retorno de la monarquía exacerbaron más que resolvieron el conflicto ya por entonces abierto, con el Ejército Democrático de Grecia (DSE) formado por antiguos comunistas del ELAS en las montañas del Peloponeso y Grecia central.¹³

La guerra civil terminó en agosto de 1949, después de la derrota comunista en el Monte Grammos. Con el apoyo de británicos y estadounidenses, el ejército griego había derrotado la guerrilla comunista del DSE (apoyados básicamente por la Yugoslavia de Tito). Se estima que unos 13.000 soldados del ejército y unos 25.000 guerrilleros murieron en acción de combate. Unos 140.000 griegos marcharon al exilio, mayoritariamente a los países comunistas de Europa del Este, mientras otros tantos miles fueron desplazados de sus casas y pueblos, quedando deshabitadas amplias zonas del país.¹⁴ Fueron dictadas unas 7.500 sentencias de muerte, de las que se ejecutaron entre 3.000 y 5.000 hasta que en octubre de 1949 se detuvieron las ejecuciones. El número de prisioneros políticos que se encontraban en prisiones o campos de detención ascendían a unos 50.000 a finales de 1949.¹⁵

La presión y los intereses de los EE.UU en presentar la victoria sobre el comunismo como un triunfo de la democracia tuvieron mucho que ver con la inicial política de apaciguamiento. Los gobiernos centristas decretaron algunas medidas de “olvido y amnistía” durante los primeros años, lo que significó la revisión y conmutación de algunas sentencias de muerte y la puesta en libertad de los prisioneros a lo largo de los años 50, aunque los últimos no salieron hasta mediados años 60.¹⁶

Sin embargo, en palabras de Mark Mazower, la paz griega de 1950 adelante fue una paz extraña,

¹² Lehto, Mandy, “Remembering the Finnish Civil War. Confronting a harrowing past”, en Christie, K. y Cribb, R. (eds.), *Historical Injustice and Democratic Transition in Eastern Asia and Northern Europe...*, op. cit., 198-209; Heimo, Anne y Peltonen, Ulla-Maija, “Memories and histories, ...”, art. cit., 44.

¹³ Sobre la guerra civil griega, cfr. Close, David, *The Origins of the Greek Civil War*. Londres / Nueva York, Longmann, 1995; Iatrides, J. O. y Wrigley, L. (eds.), *Greece at the Crossroads. The Civil War and Its Legacy*. Pennsylvania University Press, 1995; Gerolymatos, André, *Red acropolis, black terror: the Greek Civil War and the origins of Soviet-American rivalry, 1943-1949*. Nueva York, Basic Books, 2004; Kalyvas, Stathis, *The Logics of Violence in Civil War*. Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

¹⁴ Boeschoten, Riki van, “The Impossible Return: Coping with Separation and the Reconstruction of Memory in the Wake of the Civil War”, en Mazower, Mark (ed.), *After the War Was Over. Reconstructing the Family, Nation, and State in Greece, 1943-1960*. Princeton, Princeton University Press, 2000, 122-141.

¹⁵ Voglis, Polymeris, *Becoming a Subject. Political Prisoners during the Greek Civil War*. Nueva York / Oxford, Berghahn Books, 2002.

¹⁶ *Ibid.*, 223.

tenza, asegurada por un orden democrático mantenido por la represión y la persecución de la izquierda. El sistema político que se instaló distaba de ser una democracia plena y se fundamentaba sobre un rabioso anticomunismo y una discriminación sistemática de los vencidos por parte de los vencedores. David H. Close ha utilizado el término “apartheid política” para referirse a ella. Los antiguos guerrilleros sufrieron consejos de guerra, expropiaciones, limitación de los derechos civiles, fueron obligados a jurar fidelidad, durante años. Familias y comunidades enteras se vieron afectadas por la idea de la “permanente guerra civil” que persistió.¹⁷ Algunos de los decretos de los años de guerra, conocidos como “paraconstitución”, sobrevivieron a la constitución de 1952. El partido comunista era prohibido y las actividades sospechosas perseguidas; eran exigidos certificados de opinión social a los antiguos guerrilleros para poder acceder a puestos de trabajo. El cuerpo de funcionarios fue depurado de elementos izquierdistas. A pesar de todo ello, o precisamente por ello, la capacidad de atracción de la Izquierda Democrática Unida (EDA) resistió en un contexto de miseria económica y represión política. El control social era especialmente duro en el mundo rural, donde vivía la mayor parte de la población griega.¹⁸

Los gobiernos de derecha que controlaron el poder entre 1952 y 1963 impusieron como ideología oficial la defensa de la civilización greco-cristiana y la lealtad nacional como esencias de la identidad griega, que tenía en la monarquía, el ejército y la Iglesia ortodoxa sus principales pilares. La interpretación oficial, alineada sin fisuras con la narrativa anticomunista y en sintonía con el lugar geoes-

tratégico ocupado por Grecia en la Guerra Fría,¹⁹ consideraba la guerra de 1946-1949 como una “guerra de bandidos”, como la definitiva batalla librada contra el comunismo, que desde los años de la resistencia habían luchado para conseguir el poder en Grecia.²⁰ Los comunistas eran señalados como unos traidores a la nación, se les identificaba con la amenaza eslava y un instrumento al servicio del comunismo internacional que perseguía dominar el país heleno. La sociedad quedó dividida entre los buenos griegos leales a la nación y aquellos otros considerados peligrosos para la sociedad, que debían ser vigilados y castigados.²¹ El arrepentimiento público y el juramento de lealtad eran necesarios para ellos si querían quitarse de encima el estigma de traidores y peligrosos.

El silencio y la represión de la experiencia y las narrativas de los vencidos fueron la principal baza de la política de memoria griega, que se mostraba muy poco dispuesta a reconocer el valor de la Resistencia y a condenar los colaboracionistas durante la Segunda Guerra Mundial. La victoria en Grammos fue conmemorada como Día de las Fuerzas Armadas hasta los años 80. Los pocos actos de conmemoración del pasado que se celebraron se convertían en agrios enfrentamientos y resurgían las antiguas fracturas de la resistencia-guerra civil. La petición de amnistía general para presos y exiliados, la revisión de los decretos de la guerra en vigor o la reafirmación patriótica fueron los ejes de actuación de la izquierda. La Unión Panhelénica de Familias de Exiliados y Prisioneros, fundada en 1949, adquirió amplio eco durante los primeros años 60 gracias a la campaña para la amnistía general.²²

¹⁷ Close, David, “The Road to Reconciliation? The Greek Civil War and the Politics of Memory in the 1980s”, en Carabott, Philip y Sfikas, Thanasis (eds.), *The Greek Civil War*. Aldershot, Ashgate, 2004, 257-278, 259; Mazower, Mark, “The Cold War and the Appropriation of Memory: Greece after Liberation”, *East European Politics and Societies*, 9/2 (1995), 272-294, 278; Mazower, Mark (ed.), *After the War Was Over. Reconstructing the Family, Nation, and State in Greece, 1943-1960*. Princeton, Princeton University Press, 2000, cap. Introduction, 7.

¹⁸ En las elecciones parlamentarios de 1958, EDA conseguía un 24% de los votos, lo que la situaba como la principal fuerza opositora al gobierno de derecha. Entre los años 1952 y 1967 unas 1.752 personas fueron deportadas y en 1962 se estimaban en 60.000 los informadores a sueldo del Servicio Central de Información. Close, David, “The Legacy”, en Close, David (ed.), *The Greek Civil War, 1943-1950. Studies of Polarization*. Londres / Nueva York, Routledge, 1993, 214-234.

¹⁹ Hatzivassiliou, Evanthis, *Greece and the Cold War. Frontline state, 1952-1967*. Londres, Routledge, 2006.

²⁰ Sería la llamada teoría de los “tres asaltos” de la guerra, que consideraría que la guerra civil habría empezado en el contexto de los conflictos entre los grupos de la resistencia (1943-1944). Marantzidis, Nikos y Antoniou, Giorgos, “The Axis Occupation and Civil War: Changing Trends in Greek Historiography, 1941-2002”, *Journal of Peace Review*, 41/2 (2004), 223-231, 224.

²¹ Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After Civil War: The Case of Greece”, *Journal of Peace Research*, 46/4 (2009), 559-575, 564.

²² Mazower, Mark, “The Cold War and the Appropriation of Memory: Greece after Liberation”, *East European Politics and Societies*, 9/2 (1995), 272-294.

Aunque mediados de los años 60 el gobierno reformista de Giorgos Papandreou intentó relajar la discriminación política contra la izquierda, la presión policial y el número de detenidos políticos, la paranoia anticomunista seguía muy presente. Ni el EAM y su memoria eran rehabilitados, ni era aceptado el retorno de los exiliados. El recuerdo de las atrocidades cometidas por los comunistas durante la guerra civil seguían estando presentes en la mayoría de los textos memoriales que se publicaban, de claro signo anti-izquierdista.²³ En un contexto de rápido cambio social, el aumento de desórdenes urbanos y huelgas y de actividades contestatarias de organizaciones juveniles, renovó el miedo al comunismo en los sectores derechistas y en el Ejército, que veían con preocupación las concesiones de Papandreou. La prevención de la subversión comunista fue la justificación de los oficiales militares golpistas que se hicieron con el poder en 1967. La Junta de Coroneles, al poder hasta 1974, estuvo determinada en revertir cualquier avance liberalizador y se extremaron las medidas de acoso a los izquierdistas. Incluso algunos antiguos guerrilleros que habían sido puestos en libertad fueron otra vez detenidos y arrestados.

En el caso español la situación fue muy distinta a la finlandesa y la griega. La dictadura del general Franco que se instaló en 1939 apeló a la Victoria como fuente de legitimidad hasta el último de sus días. La violencia desatada a raíz del golpe militar del 18 de julio de 1936 había sido generalizada en ambas retaguardias, con carácter de exterminio del oponente. Los últimos balances arrojan unos datos de 50.000 víctimas a causa de la violencia revolucionaria, clasista y anticlerical del bando republicano, perpetrada básicamente por los elementos “incontrolados”, por unas 130.000 víctimas (la mayoría obreros y campesinos) de la violencia ejemplar de militares, falangistas y carlistas en el bando nacional, que obedecía a un proyecto de limpieza social y política. Se calcula que alrededor de medio millón de españoles partieron al exilio. El exterminio no terminó con la guerra y, básicamente en los años 1939 y 1942, fueron ejecutados unos 20.000 republicanos sentenciados por consejos de guerra militares.²⁴

La dictadura de Franco se asentó sobre la fractura entre vencedores y vencidos e hizo de la represión y el control social dos de los principales puntales de su política de la venganza. En la inmediata postguerra fueron dictadas distintas legislaciones especiales (*Ley de Responsabilidades Políticas*, *Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo*) para perseguir y castigar política, social y económicamente los vencidos, que fueron criminalizados como responsables de lo sucedido y debían pagar por sus culpas. Fueron sancionados con severas multas, expropiados o expulsados de sus trabajos. Los avales de conducta sociopolítica (expedidos por las autoridades) fueron necesarios para la supervivencia de muchas familias condenadas a la miseria de postguerra.²⁵ Mientras, los excombatientes franquistas y las familias de los vencidos obtenían su parte del botín en forma de acceso a los cargos de poder, todo tipo de facilidades para obtener licencias y trabajos públicos.

En la narrativa sobre la guerra impuesta por los vencedores, los rojos vencidos aparecían como la personificación de todas las amenazas judías, masónicas y comunistas antiespañolas levantadas contra la verdadera España, que gracias al Caudillo Franco, la voluntad de Dios y los miles de mártires que habían ofrecido su sangre, había conseguido la salvación y redención. La Victoria en la Santa Cruzada y el culto a “los caídos por Dios y por España” fueron así los dos hitos más importantes en el plano simbólico y político del nuevo régimen, omnipresentes a lo largo de los años. La discriminación de los vencidos se extendía al desigual trato de las víctimas de uno y otro bando y su memoria. Porque no sólo se trataba de erradicar unas ideas políticas sino también su recuerdo. De modo que las víctimas del bando vencedor, los “mártires”, fueron recordadas y conmemoradas oficialmente, recuperados e identificados sus restos enterrados en

²³ Marantzidis, Nikos y Antoniou, Giorgos, “The Axis Occupation and Civil War...”, art. cit., 224.

²⁴ Se considera que una vez completado el estudio en todas las provincias, el número de víctimas en la retaguardia nacional difícilmente será inferior a 150.000 muertos. Cfr. Espinosa, Francisco (ed.), *Violencia roja y azul: España, 1936-1950*. Barcelona, Crítica, 2010; Preston, Paul, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona, Debate, 2011; Rodrigo, Javier, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza, 2008.

²⁵ Preston, Paul, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en España del siglo XX*. Barcelona, Península, 1997; Richards, Michael, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Barcelona, Crítica, 1999.

fosas y trasladados a los cementerios dónde tuvieron una digna sepultura, con la Iglesia católica ocupando un lugar central en el duelo público de los “mártires”. Sus nombres fueron grabados en las fachadas de iglesias y catedrales, incorporados en la nomenclatura urbana, se erigieron cruces, monumentos y mausoleos en su honor, dentro y fuera de los cementerios, dentro y fuera de los núcleos urbanos, dando forma a un mapa de lugares de memoria donde tenían lugar todo tipo de homenajes y conmemoraciones políticas. El Valle de los Caídos, inaugurado el vigésimo aniversario de la Victoria, venía a coronar esa geografía de la memoria franquista.²⁶

Hasta la muerte de Franco fue ésa la única política de memoria en España. Era una memoria divisiva por completo. Porque mientras el duelo y las experiencias traumáticas de los vencedores podían ser expresados en público en el marco de una narrativa oficial que les otorgaba significado trascendente, el duelo y las experiencias –igualmente traumáticas– de los vencidos fueron condenadas al ámbito privado y familiar. Sus víctimas fueron condenadas al olvido, en un clima de miedo y silencio. En general, a las familias no les era permitido señalar el lugar donde estaban enterrados sus allegados (si acaso, discretas cruces de madera con las iniciales del difunto), a veces ni les era permitido depositar flores en días como Todos los Santos. Las familias vencidas, por tanto, no pudieron llevar a cabo sus procesos de duelo. Silencio, sin embargo, no significaba olvido. Precisamente, el recuerdo de la violencia y la represión sufrida, juntamente con el duelo reprimido y el silencio impuesto, fueron elementos centrales de la narrativa que muchas familias elaboraron y conservaron en el ámbito privado y legaron a las generaciones venideras. Eran narrativas que entraban en franco conflicto con la narrativa oficial de la dictadura y que encontraban en la preservación de la

memoria de las víctimas un espacio privilegiado de contestación. Hay casos puntuales de fosas comunes exhumadas clandestinamente, casos de señalización y ofrenda de flores contraviniendo las prohibiciones, etc., toda una serie de actitudes resistenciales al régimen de Franco que se manifestaban en el terreno simbólico de la memoria.²⁷

2. INTEGRACIÓN DE MEMORIAS, CICATRIZACIÓN DE HERIDAS EN FINLANDIA.

Aunque la apelación a la reconciliación había sido ya usada en Finlandia desde los primeros años de posguerra, fue la experiencia de la Segunda Guerra Mundial la que creó un nuevo contexto en que las fracturas de 1918 tendieron a disolverse. La unidad nacional que surgió ante la invasión soviética de 1939-40 reintegró la clase obrera y los socialdemócratas en el colectivo nacional.²⁸ Durante los años de la Segunda Guerra Mundial se llevaron a cabo distintas conmemoraciones estatales de los socialistas muertos en 1918, como por ejemplo la inauguración del monumento a las Guardias Rojas en el cementerio de Malmi (Helsinki), en 1944. También, en 1940, el Parlamento aprobó una propuesta socialdemócrata para pagar pensiones a más de 350 veteranos rojos heridos en la guerra civil. A diferencia de la posguerra civil, los memoriales erigidos después de la guerra mundial a los héroes caídos ya no distinguieron color o clase social.²⁹ La exhumación y entierro en los camposantos de los restos de los rojos caídos en 1918 se convirtió en algo usual. Se empezaron a organizar ceremonias públicas y se alzaron monumentos en las fosas comunes de los rojos. Según los datos de Ulla-Maija Peltonen, entre 1945 y 1958 se erigieron monumentos en honor de las víctimas rojas en 117 localidades.³⁰ La

²⁶ Véase, entre otros, Aguilar, Paloma, *Políticas de la memoria y memoria de la política*. Madrid, Alianza, 2008; Box, Zira, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid, Alianza, 2010. Para el uso de la memoria de las víctimas de la guerra durante el franquismo y la democracia, resulta de interés el artículo de Ledesma, José L. y Rodrigo, Javier, “Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)” *Ayer*, 63 (2006), 233-255.

²⁷ Cfr. Mir, Conxita y Gelonch, Josep (eds.), *Duelo y memoria. Espacios para el recuerdo de las víctimas de la represión franquista en perspectiva comparada*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2013.

²⁸ Kivimäki, Ville y Tepora, Tuomas, “War of Hearts: Love and Collective Attachment as Integrating Factors in Finland during World War II”, *Journal of Social History*, 43/2 (2009), 285-305.

²⁹ Carrez, Maurice, “Sites of the Red Massacres in Finnish Civil War. The Politics of Memory and its Re-Interpretation”, en Majander, Mikko y Rentola, Kimmo (ed.), *Ei ihan teorian mukaan, Työväen historian ja perinteen tutkimuksen seura*, Helsinki, University of Helsinki, 2012, 85-111.

³⁰ Peltonen, U.-M., “Civil War Victims and...”, art. cit., 192.

memoria y narrativa obrera empezó a ganar visibilidad, pero la cultura burguesa dominante se mostraba resistente a su integración en la narrativa nacional. Las interpretaciones de la *Guerra de Liberación* y la *Guerra de Clases* seguían fuertemente opuestas.³¹

Fue en los años 60, en paralelo a las transformaciones sociales y el cambio generacional, cuando se dio en Finlandia un amplio proceso de reevaluación del pasado y cuando la memoria obrera de la guerra fue reconocida, pasos necesarios para una verdadera reconciliación de los bandos enfrentados décadas antes. No fue menor el impacto social e influencia que tuvo la trilogía *Here Under the North Star* del escritor Väinö Linna (1959-1962). A través de la ficción, la obra presentaba una visión de los insurgentes rojos que no coincidía con la versión oficial, donde eran presentados con igual legitimidad que los blancos y no sólo perpetradores sino también víctimas. La obra contribuyó enormemente a la reconciliación de la cultura intelectual burguesa y la memoria colectiva obrera. A partir de ese momento muchas producciones teatrales o cinematográficas adoptaron la perspectiva de los vencidos. El movimiento estudiantil y la nueva generación de intelectuales se afiliaron al Partido Comunista, que, legalizado al final de la guerra mundial, estaba integrado en el sistema político finés y que en 1966 entraba a formar parte de un gobierno con el centro y los socialdemócratas.³²

Por otro lado, el debate historiográfico y académico empezó a centrarse en las características sociales y económicas que dividían la sociedad finlandesa en 1918, superando las posturas ideológicas dominantes. Así, las obras de Jaakko Paavolainen sobre la violencia de rojos y blancos cuestionaron algunas de las verdades aceptadas hasta entonces y pusieron a debate aspectos hasta entonces desconocidos de la guerra, que empezaba a ser considerada una “gran tragedia nacional”, y el concepto de guerra civil entre dos bandos de la misma nación se imponía sobre otras etiquetas.³³ Los proyectos de recogida de testimonios y recuerdos sobre la guerra civil emprendida a finales de los años 60 por los

Folklore Archives of the Finnish Literature Society, el Labour Archives y el People’s Archives tuvieron un fuerte impulso a la incorporación de las víctimas rojas en la memoria nacional puesto que los finlandeses tuvieron la oportunidad de que sus experiencias de la guerra fueran incluidas en los archivos públicos. Supuso pues una exteriorización de los traumas existentes y, en cierta manera, la inclusión de la narrativa obrera en la historia nacional.³⁴

A raíz de estos cambios y pasos firmes en la voluntad conciliadora, el presidente Urho Kekkonen impulsó una consciente política de reconciliación nacional y de consenso. Distintas medidas y actuaciones respecto al pasado conflictivo contribuyeron a la incorporación del recuerdo obrero a la memoria pública finlandesa. La puesta en marcha del proyecto “Historia de la Finlandia roja en 1918” (1967), la inauguración del monumento nacional a las víctimas rojas en Helsinki (1970), la aprobación de compensaciones económicas para los antiguos prisioneros de las dos guerras (1973), el monumento a las víctimas del campo de concentración de Lahti (1978) fueron algunas de las medidas que escalonaron el proceso. Había sido importante, y seguía siéndolo, el entierro de los restos de las víctimas en suelo consagrado para los familiares poder expresar su duelo. Desde finales de los años 60, los restos exhumados de los rojos fueron reenterrados en los cementerios en grandes ceremonias públicas en las que participaron los pastores luteranos, hablando de culpa y de reconciliación. A partir del monumento del campo de concentración de Tammisaari, inaugurado en 1988, fueron incorporados a los memoriales existentes los nombres de las víctimas a los monumentos que recuperaban así su identidad e individualidad. Era un paso todavía pendiente en el proceso de reparación de la memoria de los vencidos en 1918. Incluso se erigieron monumentos compartidos para conmemorar las víctimas de ambos bandos. Puede decirse que desde entonces hasta la actualidad los monumentos conmemorativos de unos y otros se encuentran igualmente distribuidos en todas las localidades.³⁵

³¹ Alapuro, Risto, “Coping With the Civil War...”, art. cit., 173.

³² Ibid., 177; Ahonen, Sirkka, “Representations of Victims and Guilty in Public History...”, art. cit., 40.

³³ Alapuro, Risto, “La guerra civile finlandese del 1918 e il suo ricordo in prospettiva locale”, *Memoria e Ricerca*, 21 (2006), 21.

³⁴ Peltonen, Ulla-Maija, “Workers’ Narrative...”, art. cit.

³⁵ Carrez, Maurice, “Sites of the Red Massacres in Finnish Civil War...”, art. cit., 100; Peltonen, Ulla-Maija, “Civil War Victims and the Ways...”, art. cit.

Desde principios de los años 90 la guerra civil ha seguido despertando el interés no sólo del ámbito académico (en estos años se ha dado el *boom* de estudios sobre el tema) sino también del conjunto de la sociedad finlandesa. El papel del Estado durante estos años ha seguido siendo activo en favor del reconocimiento de la verdad histórica. El avance más significativo de este período ha sido la puesta en marcha, en 1998, del proyecto “Víctimas de la guerra en Finlandia, 1914-1922”, realizado por los Archivos Nacionales con el objetivo de identificar las casi 40.000 víctimas en conflicto del período y las causas y circunstancias de su muerte.³⁶ Si no disculpas oficiales, sí ha habido durante estos últimos años algunos gestos importantes por parte del Estado, de los partidos herederos del bando blanco o del ejército, que han sido interpretados como implícitas disculpas. También las jerarquías de la Iglesia luterana han expresado remordimiento por su toma de partido y sus responsabilidades en 1918.³⁷

A pesar de que la guerra civil sigue siendo un tema delicado en Finlandia, como lo testimonia el hecho que ciertos aspectos sigan siendo objeto de memoria controvertida, para las jóvenes generaciones no se trata tanto de una cuestión del pasado que siga provocando divisiones ni ningún sentimiento de culpa transgeneracional, sino una tragedia que es necesario recordar, como una necesidad ética de hacer justicia con la generación que la vivió.³⁸

3. DE LOS CORONELES A LA “SUPERACIÓN DEL PASADO” EN GRECIA

Resulta irónico, como señalan Peter Siani-Davies y Stefanos Katsikas, que un golpe militar abiertamente anticomunista allanara el camino de la reconciliación política entre los antiguos contrincantes de la guerra civil.³⁹ Con la Junta al

poder, entre 1967 y 1974, fueron prohibidos los partidos políticos y se recrudeció la represión, lo que abrió distintos frentes de lucha y situó derecha e izquierda mayoritariamente en la oposición. Después de la intromisión en Chipre, que provocó la invasión turca, el régimen de los coroneles entró en colapso y en agosto de 1974 entregaron el poder a Konstantinos Karamanlis y salieron de escena en silencio. El cambio político fue casi instantáneo, a diferencia del caso español: en noviembre de aquel mismo año había ya las primeras elecciones y la constitución del parlamento.⁴⁰

La caída del régimen autoritario significó el punto fundacional para el nuevo sistema democrático griego. El gobierno de Karamanlis emprendió pasos firmes de cambio político, poniendo fin al sistema surgido de la guerra civil: fueron restauradas las libertades fundamentales y revocados los decretos discriminatorios que pervivían de los años de la guerra; los partidos políticos fueron legalizados, entre ellos el Partido Comunista (KKE); fueron amnistiados los delitos políticos cometidos durante la dictadura, mientras que fueron juzgados y sentenciados con cadena perpetua los cabecillas del golpe militar de 1967. La constitución de 1975, aprobada por amplio consenso, reconocía y garantizaba amplias libertades y la igualdad ante la ley. Era un consenso básico de presente y futuro, fruto de la común percepción de la necesidad de reforzar la democracia y caminar hacia un horizonte de integración europea, pero que, sin embargo, no obedecía a una común actitud hacia el pasado, que seguía creando divisiones.⁴¹ El papel de EAM-ELAS en la resistencia no era reconocido, los actos en su memoria eran reprimidos y todavía no les era permitido el libre retorno a los exiliados. El ejército fue ampliamente respetado y quedaron algunos residuos del pasado, como la celebración de la victoria en Grammos como Día de las Fuerzas Armadas o algunos hábitos de control social. El res-

³⁶ Los resultados del proyecto “War Victims in Finland in 1914-1922” pueden consultarse, en inglés, en <http://vesta.narc.fi/cgi-bin/db2www/sotasurmaetusivu/main?lang=en>

³⁷ Ahonen, Sirkka, “Representations of Victims and Guilty in Public History...”, art. cit., 38-40.

³⁸ Ibid., 40.

³⁹ Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After...”, art. cit., 565.

⁴⁰ El término *Metapolítefsi* denotaría este rápido “cambio de régimen”. Kornetis, Kostas, “Las transiciones democráticas griegas y española en retrospectiva”, en “Las transiciones democráticas griegas y española en retrospectiva”, en Frías, C.; Ledesma, J.L. y Rodrigo, J. (eds.), *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2011, 191-205.

⁴¹ Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After...”, art. cit., 568.

tablecimiento de los derechos y las libertades permitió que fueran expresadas, en el plano político y en el ámbito cultural, las diferentes visiones y narrativas sobre el pasado, lo que ponía al descubierto las heridas todavía existentes. Multitud de asociaciones de distinta naturaleza (veteranos de la resistencia y guerra, exiliados, resistentes a la Junta, etc.) conservaron vivas las memorias y las expresaban en periódicos y revistas o en memorias, básicamente de cariz izquierdista desde la caída de los coroneles.⁴²

La victoria del PASOK de Andreas Papandreou, en octubre de 1981, con el lema del “cambio” significó un paso definitivo en la consolidación de la democracia en Grecia, a la vez que cambió el significado del concepto reconciliación y la forma de afrontar el pasado. El PASOK, fundado en 1974 como un partido socialdemócrata, se presentaba como la herencia de la tradición del EAM de la resistencia y sintonizó con la generación nacida después de la guerra civil que, sobre todo en los años de la dictadura, se había identificado con los valores de la izquierda de los años 40 y era muy crítica con los valores instaurados en los años 50.⁴³ Para el PASOK, la reconciliación no era ya un vehículo para la construcción de la unidad nacional sino un instrumento para enderezar los errores del pasado, para reconocer el papel de la izquierda en la resistencia y reparar la discriminación sufrido desde la guerra civil. Bajo el gobierno de Papandreou fueron legisladas distintas medidas de reparación y justicia moral hacia la izquierda discriminada en el pasado. En 1982 fue reconocido el papel de EAM-ELAS en la resistencia nacional, y en consecuencia se concedieron pensiones a todos los veteranos, se erigieron monumentos a la resistencia a lo ancho del país, se celebraron conmemoraciones oficiales y en los libros escolares se empezó a dar una visión más detallada y justa de la resistencia. En 1983 fueron anulados todos los obstáculos legales para el libre retorno de los exiliados y sus descendientes, y en 1985 fueron restablecidos los derechos a una pensión para los funcionarios depurados por razones políticas, a la vez que se extendían las pensiones a los veteranos heridos. La

celebración de la victoria en Grammos había sido suspendida en 1981.⁴⁴

Papandreou y el PASOK consiguieron reincorporar la izquierda en la vida pública y en la memoria nacional, a costa de una importante sobrepolitización de la sociedad griega y una profunda polarización política, no sólo entre izquierda y derecha sino incluso entre el PASOK y el KKE que se disputaban la herencia histórica de la izquierda. Todos los partidos, que conservaban aún entre sus élites personas que habían luchado en la guerra civil, intentaban sacar rédito político de un pasado que no había conseguido el consenso.

En las elecciones de junio de 1989, el PASOK perdió la mayoría en el Parlamento. Con el objetivo de barrer a los socialistas del poder, tanto los comunistas del KKE como la derecha del ND habían apelado de nuevo a la necesidad de la reconciliación. Los resultados en las elecciones posibilitaron el acceso al gobierno de una coalición formada por el ND y el KKE, lo que debía simbolizar a nivel político el fin de las divisiones del pasado. Aquel agosto, el 40 aniversario de la batalla de Grammos se celebró con una ceremonia oficial de reconciliación, que contrastaba con el significado que había tenido hasta 1981.

Para el nuevo gobierno la reconciliación pasó a ser la política oficial del Estado y se tradujo en nuevas medidas. La principal, en 1989, ley “de reconciliación” que supuso la rehabilitación oficial de la izquierda vencida en la guerra civil y puso fin a la denominación de “guerra de bandidos” sustituido por el término neutral de “guerra civil”. Aquel mismo mes tenía lugar la quema de 17 millones y medio de expedientes policiales, con la que iniciábamos el artículo, que debía reforzar la idea de fin de una época y el cierre público de las viejas heridas.⁴⁵

Coincidiendo con la progresiva desaparición de la generación de la guerra civil, se apreció una nueva actitud menos oportunista de los líderes políticos con el uso de la memoria. Los 90 fueron años de gestos conciliadores, entre los cuáles destacaría la visita en 1998 del Presidente de Grecia y el ministro de Asuntos Exteriores a una aldea fundada por exiliados griego en Hungría en 1951, en

⁴² Close, David, “The Road to Reconciliation?...”, art. cit., 2004, 260-261; Marantzidis, Nikos y Antoniou, Giorgos, “The Axis Occupation and Civil War...”, art. cit., 2004, 224.

⁴³ Close, David, “The Legacy” 229.

⁴⁴ Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After...”, art. cit., 569-ss.

⁴⁵ Close, David, “The Road to Reconciliation?...”, art. cit., 270-271, 271-273

cuyo marco el Presidente Stefanopoulos pronunció un sentido discurso: “Ha llegado el tiempo de cerrar todas las heridas. No a través del olvido histórico, sino reconociendo lo que hemos vivido”.⁴⁶

El proceso de reconciliación en Grecia ha pasado pues por medidas de justicia moral y de reconocimiento de la resistencia y de los vencidos en la guerra civil, la equiparación de los derechos de unos y otros, la reparación material y simbólica del daño sufrido por las víctimas y sus familias. No ha sido consensuada una narrativa única de la guerra, pero sí se ha articulado un consenso sobre el marco conmemorativo oficial y se ha conseguido un marco democrático donde distintas narrativas e interpretaciones son expresadas libremente. Según Siani-Davies y Katsikas, esta “pluralidad de verdades” en la arena pública no ha sido contraria a la reconciliación.⁴⁷ La apelación a la reconciliación ha tendido a desaparecer del discurso público y los analistas hablan de una “superación del pasado”, algo que, señalaba Kostas Kornetis, contrasta con la recuperación del pasado en España.⁴⁸

4. DEL ‘PACTO DE OLVIDO’ A LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA EN ESPAÑA

En España, a la muerte de Franco en noviembre de 1975, el proceso hacia la instauración de la democracia se fundó sobre la idea de la reconciliación nacional, basada en el consenso de los actores políticos para la no utilización del pasado como instrumento de disputa. Los sectores reformistas del régimen (que controlaban las instituciones del poder) y los representantes del antifranquismo compartían la voluntad de que el recuerdo divisivo de la Guerra Civil no interfiriera en el proceso de nego-

ciación político, con una presencia intimidadora del ejército y una movilización social no desdeñable en la calle, y no exento de violencia. La superación del pasado debía sentar las bases de la futura convivencia. Los orígenes de la cultura política de la reconciliación nacional del antifranquismo y de los reformistas del régimen cabría buscarlos en los años precedentes, respectivamente en los años 50 y 60.⁴⁹

La Ley de Amnistía, aprobada el 14 de octubre de 1977, ocupa un puesto destacado entre las medidas legales en que se tradujo el consenso de las élites políticas. Era una ley que suponía, por un lado, la puesta en libertad de los presos políticos y la negación del orden franquista, pero, por el otro, extendía la amnistía a las responsabilidades penales de los perpetradores franquistas.⁵⁰ No hubo por tanto ninguna medida judicial al régimen anterior, ni ninguna purga sistemática del aparato estatal, sino que se optó por la continuidad institucional. Ello fue aceptado por el conjunto de fuerzas políticas y de la sociedad española, quienes, ante el miedo a repetir antiguos errores, priorizaron el deseo de paz y el objetivo de conseguir un sistema político democrático, cuyo camino por entonces resultaba incierto. La necesidad de verdad y la búsqueda de justicia quedaron relegados a un segundo plano. Quizás fuera éste el precio de la consecución de la democracia en España, en un proceso de transformación desde el anterior orden político.⁵¹

En las revisiones críticas del modelo español de transición a la democracia, desde finales de los años 90, la Ley de Amnistía ha sido señalada como “el pecado original” de los déficits de la democracia, una suerte de ley de “punto final” española, la imposición del olvido acerca del pasado como instrumento para la reconciliación.⁵² La supuesta exis-

⁴⁶ Ibid., 276.

⁴⁷ Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After...”, art. cit., 569.

⁴⁸ Kornetis, Kostas, “Las transiciones democráticas...”, art. cit., 202.

⁴⁹ Aguilar, Paloma, *Políticas de la memoria y memoria de la política*, Madrid, Alianza, 2008. Juliá, Santos, *Historia de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004; Muñoz Soro, Javier, “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, *Jerónimo Zurita*, 84 (2009), 113-134.

⁵⁰ Molinero, Carme, “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”, *Ayer*, 66 2007, 201-225.

⁵¹ Rigby, Andrew, *Justice and Reconciliation After the Violence*. Londres, Lynne Rienner, 2001, 57.

⁵² Navarro, Vicenç, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Barcelona, Anagrama, 2002; Elster, John, *Rendición de cuentas...*, op. cit., 80-81; Vinyes, Ricard, “La memoria del Estado”, en Vinyes, Ricard (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. Barcelona, RBA, 2009, 23-66. La barrera de la Ley de Amnistía parece infranqueable en el plano jurídico, tal como puso en evidencia el caso del juez Garzón, inhabilitado después de iniciar, en 2008, el proceso para investigar penalmente los crímenes del franquismo.

tencia de un “pacto de olvido” impuesto por las élites políticas a la sociedad española ha sido fuente de larga discusión. Santos Juliá ha defendido la idea que el acuerdo para “echar al olvido” el pasado fue una decisión consciente resultado de la fuerte presencia de las memorias de la guerra en el proceso, y que amnistía no significaba amnesia, porque este tácito acuerdo no significó que no se hablara en público del pasado. Pero cosas distintas son las memorias individuales y las memorias colectivas y las políticas de memoria, y lo cierto es que ni los gobiernos de aquellos años fomentaron la recuperación de la memoria, ni hubo un debate académico o público sobre la guerra civil.⁵³ En este contexto, las múltiples iniciativas de familiares de víctimas y asociaciones militantes de excombatientes, expresos, etc., para conseguir reparaciones simbólicas de las víctimas del franquismo que surgieron en los años 1979-1981, fueron reflejo de que, como apuntaban Paloma Aguilar y Carsten Humblebaek, la necesidad social de recuperación de la memoria no era equivalente a las necesidades de los políticos.⁵⁴

El golpe de estado frustrado del 23-F de 1981 hizo revivir traumas y miedos del pasado y puso en evidencia algunas de las debilidades de la joven democracia. De inmediato, aquellas iniciativas de carácter local quedaron frenadas. Aunque el acceso del PSEO al gobierno en 1982 significaba la consolidación de la democracia, no supuso ningún cambio en relación a la gestión del pasado. Los gobiernos socialistas de Felipe González (1982-1996) no desarrollaron una política pública de memoria activa. La declaración del Gobierno español en el cincuentenario del inicio de la guerra, en 1986, era ejemplo de la voluntad de cancelar el

pasado relegándolo al campo de la historiografía (y no de la memoria) y de la equiparación ética de las víctimas de ambos bandos. La gestión de los restos de la memoria franquista fue cedida a los ayuntamientos, que en el mejor de los casos cambiaron inscripciones y nomenclatura urbana y quitaron sigilosamente del espacio público algunos de los monumentos. La equiparación y suspensión de la memoria, pues, supuso a la práctica la supervivencia de la memoria asimétrica heredada del franquismo.

No fue hasta el cambio de siglo que se asistió a una sustitución del paradigma de la memoria de la guerra civil y el franquismo instaurado durante la Transición. El avance en el conocimiento histórico de la guerra civil y el franquismo había sido notable gracias a la historiografía, con el aumento sustancial de monografías sobre la represión en los años 90, aunque su impacto social había sido más bien escaso.⁵⁵ Una nueva generación de españoles (los “hijos de la Transición”), consciente de la universalidad de los derechos humanos, era muy crítica con el silencio y la impunidad del proceso. El “caso Pinochet” tuvo un gran eco en una sociedad que hasta entonces no se había cuestionado realmente la imputación por los crímenes franquistas. La apertura de la fosa común de Priaranza del Bierzo (León) y la creación de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) en el año 2000, fue el punto de arranque del proceso de creación de asociaciones memoriales, de carácter local o regional, que dio forma y visibilidad a una cada vez más amplia demanda social por el derecho a la memoria.⁵⁶ Este movimiento, heterogéneo y diverso, más politizado en unos casos que en otros, tenía un marcado carácter cívico y

⁵³ Juliá, Santos, “Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición”, *Claves de Razón Práctica*, 129 (2003), 14-24 o Juliá, Santos (dir.): *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid, Taurus, 2006, 27-77; Espinosa, Francisco, “De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d013.pdf>

⁵⁴ Aguilar, Paloma y Humblebaek, Carsten, “Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy: The Legacies of Francoism and the Civil War”, *History & Memory*, 14/1-2 (2002), 121-161, 123. En varios pueblos de Badajoz, Burgos, Palencia, Logroño o Navarra, los primeros ayuntamientos democráticos dieron permiso para recuperar los restos de los republicanos fusilados y enterrados en fosas comunes. A nivel individual y colectivo, fueron puestas cruces, lápidas o monolitos que recordaban las víctimas del franquismo. Humblebaek, Carsten, “The ‘Pacto de Olvido’”, en Alonso, G. y Muro, D. (eds.), *The Politics and Memory of Democratic Transition*. London, Routledge, 2011, 183-198; Mir, Conxita, “Acción pública y regulación memorial del territorio”, en Vinyes, Ricard (ed.), *El Estado y la memoria...*, op. cit., 523-547.

⁵⁵ El libro colectivo coordinado por Santos Juliá, *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy, 1999, una síntesis de los avances historiográficos en la temática, fue uno de los libros del momento que tuvo un mayor impacto social.

⁵⁶ Gálvez, Sergio (coord.): Dossier “Generaciones y memoria de la represión franquista. Un balance de los movimientos por la memoria”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier.htm>.

humanitario, de reclamación de saber qué pasó (verdad) y de reparación de los daños y agravios del pasado. Fue, pues, la movilización de una parte de la sociedad civil, básicamente familiares de las víctimas del franquismo y activistas por la memoria, la que tomó el pulso y pilotaron el proceso de “recuperación de la memoria” que, en España, ha significado la sustitución de la memoria de la *reconciliación* por una memoria de la *reparación*.⁵⁷ La apertura de las fosas comunes, y la recogida de testimonios que la violencia, por lo que entraña de desentierro del pasado, ha sido la cara más visible y mediática del amplio repertorio de actuaciones memoriales y del debate sobre la memoria histórica que se ha dado en España en el siglo XXI.⁵⁸

Hasta este momento, y desde los mismos años de la Transición, la acción del Estado y los gobiernos autonómicos había consistido en varias medidas de reparación material de las víctimas del franquismo, pero no su reparación moral y política. Esa creciente presión social obtuvo sus primeros resultados políticos durante los años de mayoría absoluta del PP en el Congreso de los Diputados. El 20 de noviembre de 2002 la Comisión Constitucional acordaba un texto de condena del golpe de Estado de julio de 1935 y de reconocimiento moral a todas las víctimas de la represión franquista por profesar convicciones democráticas.⁵⁹ El acceso al gobierno del PSOE y José L. Rodríguez Zapatero, que había hecho de la memoria histórica bandera electoral, supuso nuevos pasos que condujeron a la aprobación, después de una larga negociación política, de la Ley de Memoria Histórica, en diciembre de 2007.⁶⁰ La Ley, criticada tanto por los sectores de la derecha española por considerarla revanchista como por las asociaciones de memoria que la reci-

bieron como muy insuficiente, reconocía el deber del Estado de reparar las víctimas, consagrar y proteger el derecho a la memoria personal y familiar, fomentar los valores constitucionales y promover el conocimiento y la reflexión sobre el pasado, para evitar la repetición de la intolerancia y violación de derechos humanos de entonces. Entre otros aspectos, la ley establecía la ilegitimidad de los tribunales franquistas, ampliaba las medidas de reparación de las víctimas e iniciaba una política coherente sobre la retirada de los símbolos franquistas todavía presentes en el espacio público. Como ha señalado Carme Molinero, por primera vez en la España democrática, se sentaban las bases para que los poderes públicos llevaran a cabo políticas públicas dirigidas al conocimiento de la historia y al fomento de la memoria democrática.⁶¹ En paralelo, o antes incluso, a la aprobación de la Ley de Memoria Histórica algunos gobiernos autonómicos habían emprendido ambiciosas políticas públicas de memoria.⁶²

La Ley no creó ninguna institución encargada de llevar a cabo esas políticas de memoria, lo que sin duda afectó a su aplicación, ya que cedía la iniciativa y las actuaciones concretas a otras instituciones, asociaciones o particulares. En el caso de la apertura y exhumación de fosas comunes, como observaba Francisco Ferrándiz, no se estableció ningún protocolo homogéneo de actuación, que, mediante subvenciones, se cedía (“subcontrataba”) a las asociaciones que hasta entonces ya lo venían haciendo, básicamente ARMH, Foro por la Memoria y la Sociedad de Ciencias Aranzadi.⁶³ De esta forma, en los últimos años, gracias al trabajo de asociaciones memoriales, familias, grupos universitarios transversales y el apoyo logístico y económi-

⁵⁷ Términos empleados por Aróstegui, Julio, “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la Guerra Civil”, en Aróstegui, Julio y Godicheau, François (eds.), *Guerra Civil. Mito y Memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, 57-92.

⁵⁸ Ferrándiz, Francisco, “Exhumaciones y políticas de la memoria en la España contemporánea”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007). <<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d003.pdf>>.

⁵⁹ Boletín Oficial de las Cortes Generales, BOCG, núm. 448, 29-11-2002.

⁶⁰ “Ley por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”, Ley 52/2007, de 26 de diciembre, BOE, núm. 310. En 2005 se habían convocado ayudas para actividades relativas a las víctimas del franquismo y el 2006 había sido declarado Año de la Memoria Histórica.

⁶¹ Molinero, Carme, “La transición y la ‘renuncia’ a la recuperación de la ‘memoria democrática’”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11/1 (2010), 33-52.

⁶² Sobre el caso catalán y la creación del Memorial Democràtic en 2007, cfr. Guixé, Jordi, “Memorial Democràtic: un patrimoni col·lectiu en construcció”, *Quaderns del Memorial Democràtic*, 1 (2010), 10-14.

⁶³ Ferrándiz, Francisco, “Autopsia social de un destierro”, *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, 45 (2011), 525-544, 536-537.

co de las instituciones municipales, autonómicas y estatales, se han llevado a cabo multitud de actuaciones memoriales en recuerdo de las víctimas del franquismo, con la voluntad de restaurar su dignidad e individualidad, y reparar moralmente el daño sufrido por las familias. Han sido localizadas miles de fosas comunes con las que han sido elaborados los mapas de fosas, muchas de las cuáles han sido exhumadas o dignificadas y monumentalizadas. Se han erigido distintos tipos de espacios de memoria que han tendido a poner fin al “duelo desigual” heredado del franquismo y a equiparar las memorias distintas de la guerra.⁶⁴

Todas estas actuaciones han sido llevadas a cabo en un contexto de conflicto de memorias, en que desde el primer día la derecha lo ha descalificado y obstaculizado, bajo la acusación de abrir y revivir viejas heridas ya sanadas, en que bajo la etiqueta del revisionismo han sido recuperados argumentos y mitos propiamente franquistas para intervenir en el debate público sobre la guerra civil y el franquismo o en que la Iglesia católica, lejos de pedir perdón público por su responsabilidad en la guerra y el franquismo, sigue procesos de beatificación de los “mártires”. La falta de una actitud común sobre el pasado y de un consenso político amplio sobre la reparación política y simbólica de las víctimas del franquismo ha puesto en cuestión las políticas de memoria instauradas con la Ley de Memoria Histórica, de manifiesto desde la vuelta al poder del PP que, en medio de una acuciante crisis económica, ha supuesto la paralización completa.

CONCLUSIÓN

El análisis en paralelo de las fases de la memoria de las guerras civiles finlandesa, española y griega nos ha permitido comprobar cómo cada país ha afrontado y afronta de forma distinta su propio pasado traumático de guerra civil, y cómo, tomando la categorización de Stathis Kalyvas, han transitado de las memorias de *exclusión* de la postguerra, cuando las fracturas entre vencedores y vencidos son más recientes y profundas, a los *conflictos* de memoria actuales, en que distintas memorias son presentes en el espacio público, pasando, en el caso español, por el *silencio* insaturado en los años de la Transición hasta los 90.⁶⁵

A diferencia de las transiciones y las transformaciones del sistema político, que suelen estar acotadas en el tiempo, los procesos de reconciliación entre partes antagónicas, más allá de la retórica y el uso del concepto, sólo pueden conseguirse a través del tiempo. Suelen ser procesos con unos límites inciertos en el tiempo, que puede conllevar distintas generaciones, que se extienden desde una coexistencia no violenta hasta una sociedad integrada que comparte una visión común del futuro. Como hemos visto en los casos analizados, la tensión entre los deseos de paz, la necesidad de verdad y la búsqueda de justicia, cuando se han producido violaciones de los derechos humanos en el pasado, es continua y cambiante con el tiempo. Es por ello que, como ha señalado Andrew Rigby, resulta necesario que se den de forma combinada dosis de verdad, de justicia y de paz para que la reconciliación sea real.⁶⁶

La forma en que los países han afrontado su doloroso pasado ha dependido básicamente de los propios procesos de transformación social, cultural y política. También de los equilibrios de poder entre las partes a lo largo de esta transformación. Ciertas medidas de perdón o amnistía han resultado necesarias para asegurar el proceso pacífico y estable de negociación, no sólo en España, sino también en Finlandia y en Grecia. Las víctimas de la violencia y de las discriminaciones, que deben perdonar a los perpetradores para que el proceso de reconciliación pueda avanzar, necesitan ser resarcidas con formas de justicia moral, de compensación material o reparación simbólica. El reconocimiento de la legitimidad de los vencidos y su causa, la búsqueda de la verdad histórica, la igualdad en los derechos civiles, la dignificación de las víctimas de los vencidos y la equiparación de los duelos, la integración de las experiencias y las narrativas de los vencidos en la memoria colectiva nacional, etc., han sido pasos necesarios y comunes en los tres casos analizados.

Aunque el olvido pueda haber resultado útil y estratégico en determinados procesos de transición para evitar divisiones y poder consolidar el marco democrático, el olvido como política de memoria no ayuda a cerrar las heridas. Los tres casos, y muy especialmente el español, ponen de manifiesto que

⁶⁴ Mir, Conxita y Gelonch, Josep (eds.), *Duelo y memoria...*, op. cit., 2013.

⁶⁵ Kalyvas, Stathis, “Cuatro maneras de recordar un pasado conflictivo”, *El País*, 22 de noviembre de 2006.

⁶⁶ Rigby, Andrew, *Justice and Reconciliation After the Violence*. Londres, Lynne Rienner, 2001, 12-13.

las heridas perviven bajo el silencio y el olvido, y con el tiempo, con nuevas generaciones que se cuestionan el pasado, aquéllas se reabren. La gestión del pasado se convierte así en un importante elemento en todo proceso de reconciliación, porque las memorias colectivas enfrentadas han mantenido abierto en mayor o menor grado el conflicto y pueden obstaculizar el mismo proceso. Por ello, como señalan Daniel Bar-Tal y Gemma Bennink, las reconciliaciones requieren que las partes enfrentadas conozcan y reconozcan la existencia de otras narrativas y memorias colectivas, que revisen críticamente la propia visión e interpretación del pasado y que permitan la redefinición de las identidades enfrentadas. Para ello es necesario conocer la verdad de lo ocurrido y de ahí el importante papel de la historiografía, ya que historia y memoria no son dos conceptos opuestos sino que se alimentan e influyen mutuamente. La reconciliación debe generar una nueva actitud acerca del pasado, una narrativa común en la que se integren las precedentes.⁶⁷

Por tanto, los Estados no pueden inhibirse en el proceso de creación, adaptación y cambio de las memorias colectivas. Como potentes máquinas de recuerdo o de olvido, los Estados siempre elaboran y ejecutan políticas de memoria. La imposición del

recuerdo o del olvido como deber de memoria siempre suele ser coercitivo y excluyente, puesto que no parte de la memoria como un derecho del ciudadano. Como hemos vistos en los casos analizados, los Estados no son los únicos agentes activos de memoria, sino que grupos sociales muy diversos y que cambian y se adaptan a las transformaciones sociales y políticas, actúan como *emprendedores de la memoria*⁶⁸ y, en los sistemas democráticos plenos, utilizan el espacio público para dar visibilidad a las propias memorias y narrativas, no necesariamente coincidentes con las oficiales. Gracias a ellos se conservaron y se transmitieron las experiencias personales, memorias familiares y narrativas colectivas de los vencidos que rebatían y cuestionaban, al menos en silencio, las narrativas oficiales y dominantes impuestas por los vencedores, tanto en el contexto de la dictadura franquista como en el de las democracias imperfectas y discriminatorias de Finlandia y Grecia, a la espera del cambio político que permitiera expresarlas públicamente y subvertir la oficial. Los Estados democráticos deben garantizar la transmisión de los valores éticos y políticos sobre los que se funda la democracia y establecer el marco memorial común en que puedan convivir las distintas experiencias del pasado.

⁶⁷ Bar-Tal, Daniel y Bennink, Gemma H., "The Nature of Reconciliation as an Outcome and as a Process", en Bar-Siman-Tov, Yaacov (ed.), *From Conflict Resolution to Reconciliation*. Oxford, OUP, 2004, 11-38, 18.

⁶⁸ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002.